GRANDES HOMBRES NORUEGOS[1]

La literatura noruega es la menos estudiada, al menos directamente, y, sin embargo, es ella la que ha inyectado su savia en toda Europa, dejando sentir su influencia en la literatura germana, inspirada en ella.

La época primitiva de su literatura, esa época llena de encanto que no se supera jamás en los siglos de clasicismo, ha estado perdida, oculta, durante mucho tiempo. Cuando la introducción del cristianismo en el norte, todo escrito que tenía relación con la antigua religión del país era mirado como impío, como una obra del diablo; si estos

1 Artículo publicado en *Por esos mundos*, núm. 259 (1 agosto 1916), pp. 198-203.

manuscritos que se han conservado hubiesen caído en manos de gente ignorante, se hubieran perdido para siempre.

Esos tesoros primitivos están escritos en lengua islandesa, venerable madre de todos los dialectos góticos, antiguamente lengua viva en los tres reinos escandinavos, y hoy relegada solo a la pequeña isla de Islandia. Esa lengua, llamada otras veces *nor Ranatunga* («lengua del norte»), fue con el tiempo completamente corrompida y acabó por perderse entre las lenguas modernas de Dinamarca y Suecia. Felizmente, la Islandia había sido descubierta y poblada por algunas familias noruegas, huyendo de la persecución política, y ellas conservaron su idioma en toda su pureza, de modo que esa lengua tan rica, tan expresiva y tan poética, se encuentra viva en Islandia, cuando ya había muerto en los tres reinos escandinavos.

Gracias a esta feliz casualidad, no se ha perdido esa lengua, que hoy se enseña en los pueblos de origen gótico como se enseña en los nuestros el latín, pues el islandés es para el noruego, el danés y el sueco lo que el latín para el francés, italiano,

rumano, español y portugués. En él se encuentran las etimologías de todos los nombres y el genio de la lengua.

Su libro sagrado, el *Edda*, y los libros de su vieja historia (sagas), se han divulgado gracias a las traducciones latinas del célebre sacerdote islandés Saemund Sigfusson, que recogió todas las rapsodias de los escaldas o primitivos trovadores, y las tradujo al latín. Otros muchos filólogos han contribuido a esta divulgación, tales como Snorri Sturluson y, en época reciente, Finn-Magnussen.

Esos cantos y esa literatura han influido no solo sobre la literatura escandinava, sino sobre la alemana, que tiene en ella su fuente. La poesía épica alemana es toda escandinava. Sus *Nibelungos*, gesta más complicada que las españolas y francesas, está inspirada en los mitos contenidos en el *Edda*. El Kaiser actual, reconociéndolo así, regaló a Noruega la estatua del Viking Frithof, que es el verdadero Lohengrin.

Lo curioso es observar cómo esta literatura ha tenido una influencia distinta en ambos pueblos. Alemania conserva el sentido guerrero de aquel

pueblo, que la primera virtud que premiaba en su cielo era el valor. Para los guerreros esforzados estaba el Walhalla en Asgard, y allí las Walkyrias los colmaban de delicias, y la diosa Gir curaba sus heridas con un milagroso jugo de berenjenas. En cambio, para los que morían de enfermedad o de vejez, estaban los dominios de la horrible diosa de la muerte, desterrada de la corte de Odín por su fealdad. Así, todos ansiaban morir en las batallas, y los que no lo conseguían, al sentirse enfermos se abrían las venas para no morir de enfermedad.

Wagner, que ha amado tanto sus leyendas, que las ha hecho suyas, que las ha poetizado, compuso con ellas admirables óperas épicas, en las que el sonido revela el alma entera de los viejos *viking*.

En cambio, los grandes noruegos se han dejado ganar más por la influencia viva del ambiente que por la influencia literaria. Hasta que se visita Noruega, no se comprenden bien estos genios del norte.

En casi todos ellos hay una exaltación vehemente al par que una melancolía invencible. Son los dos polos entre los que oscila el carácter escandinavo. Es

una lástima establecer separaciones entre esta península y Jutlandia, porque, para estudiarlos bien, no se pueden descartar las influencias mutuas.

Søren Kierkegaard, el impío romántico danés, que murió de locura y de miseria en un hospital, fue como un faro en el que han puesto sus miradas todos los grandes, y Oehlenschläger fue el pontífice del romanticismo literario de los tres reinos. No se puede estudiar a los noruegos sin mencionar esos dos daneses, y, en la actualidad, a Georges Brandes, que encauza, eleva y educa el gusto literario de las tres naciones con sus admirables estudios de crítica, dentro de la más completa libertad.

Mayor diversidad hay entre suecos y noruegos que entre estos y los daneses. Los suecos se acercan más a la modalidad alemana. Hupman, Tegner y el gran August Strindberg pueden servir de ejemplo.

La modalidad de los noruegos es distinta; son más personales, más espontáneos en el sentido de sinceros, aunque aparecen reconcentrados, reflexivos, filósofos, por la costumbre de pensar y mirar hacia adentro, en la melancolía dulce de sus montañas y sus fiordos. Se unen mucho al alma del país,

y están llenos de ideales puros, rectos, tal vez porque su lucha no es la lucha ruda de nuestras grandes ciudades y no les desvanece su público. Es el suyo un arte más austero, más metódico, sin esa concesión que se le hace al público de la frase sonora y el concepto fácil para ganarse su aplauso.

Su escritor, que consideran como más clásico, es Ludvig Holberg (1684), y, sin embargo, es el menos influido por su país. Se le ha llamado el Molière del Norte, porque él, como nuestro Moratín, fue un enamorado del escritor francés; Holberg supo ser cosmopolita y permanecer noruego. Inyectó en su literatura patria, más por la forma que por el fondo, un soplo de las ideas universales. Poeta, dramaturgo y filósofo, ha legado un gran tesoro a la literatura de su país; él ha sido el que ha creado su idioma literario. Sus comedias están impregnadas de un espíritu francés: *Juan de Francia*, *El vacilante*, *El aldeano hipotecado*, especie de *Médico a palos*, y el *Estado de señoritas*, que recuerda *El sí de las niñas*. Como historiador, realizó labor importante, y su *Viaje subterráneo por el Nilo*, escrito en latín, lo hizo famoso en toda Europa. Malquisto en su